MÁS VERSOS

POR

PLÁCIDO LANGE

MADRID
—
SATURNINO CALLEJA, EDITOR.
CALLE DE LA PAZ, 7.
1881.

MÁS VERSOS.

AL/F5-9

MÁS VERSOS

POR

PLÁCIDO LANGLE.

MADRID.

SATURNINO CALLEJA, EDITOR.

CALLE DE LA PAZ, 7.

1881.

MADRID.—IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS, SOMBRERERÍA, 6.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Las dos primeras composiciones que figuran al frente de este folleto, merecieron no há mucho la distincion de ser laureadas en público Certámen literario. Esta honrosa recompensa, concedida por Jurados tan respetables como los Sres. D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. Gaspar Nuñez de Arce y D. José de Castro y Serrano, y la benévola acogida que obtuviera otra anterior coleccion de *Poesías*, tambien premiadas por Tribunal no ménos competente, han animado y decidido al autor á darlas á la estampa en la forma en que hoy aparecen, juntamente con otras várias, de distintos géneros y épocas, reunidas aquí para formar volúmen. De estas últimas, son ya conocidas algunas por haberse insertado en las páginas de diferentes Revistas: la mayor parte, sin embargo, ha permanecido inédita hasta ahora.

Todas las escritas con posterioridad á los hechos consignados, procuran atenerse á las reglas y conse-

jos que formularon al cumplir su cometido, los Jurados en sus dictámenes y la crítica en sus juicios; pero ni era dable aceptar aquellas en totalidad, ni tampoco atender éstos por completo. Sin fijarnos más que en su diversidad y discordancia, bien puede afirmarse que es de todo punto imposible armonizar los extremos que abarcan y fundir en una sóla sus opuestas tendencias.

Con motivo, en efecto, de la publicacion ya mencionada de otro folleto del autor, notóse fácilmente que aquello mismo considerado por unos como estudio artificioso y adorno recargado, parecia á otros, y en primer lugar á los Jueces del Certámen, gallarda soltura y oriental fantasía. Celebróse luego el nuevo concurso literario al cual corresponden las poesías *Al Amor* y *La Alborada* del presente cuaderno; y entonces el Tribunal calificador censuró en su fallo la propension á discurrir por el terreno social y filosófico, y condenó á la vez ciertos giros de lenguaje y ciertos arrebatos de pensamiento, por juzgarlos abusivos ó pecaminosos en las composiciones eróticas. En cambio, empero, otros escritores insignes llaman á esa severidad, gazmoñería; y á esos sutiles reparos, escrúpulos de la mogigatocrácia. Es más; algunos Jurados ilustres, de los mismos que suscriben (quizá por complaciente atencion y compañerismo) el veredicto en que tal doctrina se sustenta, observan en sus propias obras la conducta contraria, y reflejan y

plantean en ellas las grandiosas ideas, las reñidas luchas y los árduos problemas de nuestra época pensadora y borrascosa.

Ante esta variedad de pareceres y estas múltiples direcciones de la crítica, inspiradas por las particulares creencias de sus autores, el ánimo perplejo no podria decidirse á tomar un rumbo determinado ni emprender un camino seguro, si pretendiera (ya queda dicho) conciliarlas todas. Por fortuna, no obstante, el buen sentido viene en auxilio del que vacila, y resuelve sus dudas y dá fin á sus incertidumbres. Cada precepto contiene algo provechoso; de cada advertencia debe aceptarse una parte conveniente; y así, teniendo muy en cuenta lo que encierran de fundado y rechazando lo que de exagerado peca, podrá acertarse con el justo médio y la norma deseada.

El artista realiza la belleza y cumple su destino, lo mismo penetrando sólo en las regiones del sentimiento, que internándose en los dominios de la razon; tanto retratando en sus creaciones las dulzuras ó las ánsias del alma humana cuando ésta se halla embargada por el delirio de una pasion amorosa, como cuando la agitan violentas tempestades morales, que ora proceden de un puro sentimiento de patriotismo, ora se originan de una grave perturbacion de la conciencia ó de un cambio súbito del pensamiento. Y en cuanto á la parte externa, en cuanto á la forma y las galas de diccion y de rima, tan distante debe hallar-

se de una ampulosidad y una hinchazon que toca las lindes de lo afectado, como de una llaneza baja y comun que la confunda y la iguale con la prosa. Quien posea inspiracion bastante y tacto suficiente para reunir en sus obras estas condiciones, y consiga que resplandezcan en ellas unidas á otras circunstancias necesarias, sin duda alguna habrá logrado un triunfo envidiable y héchose digno de alabanzas cumplidas.

Sin embargo, ya que no alcancen todos este propósito, ni lleguen á un grado tan supremo de perfeccion, cabe al ménos tenerlo como objetivo, como modelo, como ideal, y atenerse en lo posible á lo que él exije, y aspirar á acercársele y cumplirlo cada cual en la medida de sus fuerzas.—Esto ha intentado precisamente el autor de las composiciones aquí incluidas: canta unas veces los anhelos del amor; describe otras los espectáculos de la naturaleza; expresa algunas su entusiasmo patriótico y sus esperanzas y su fé en el progreso; y siempre procura mantenerse en un cierto término, que tanto le libre de los escollos de lo rebuscado como le salve de los abismos de lo vulgar.

Si ha conseguido ó no su objeto, sólo á la crítica, —no á él,—toca decidirlo; por su parte, puede únicamente declarar que lo ha procurado con empeño en su modesta esfera de accion, y que, sin pretender abarcar mayores espacios que los muy reducidos en que se mueve, las producciones que hoy presenta son meras tentativas líricas, en las cuales se ejercita y

trata de probarse para conocer sus aptitudes en este género. Ahora, y explicada ya así la significacion y el alcance de las mismas, sólo le resta recomendarlas á la benevolencia del público y esperar su fallo indulgente, que si le es favorable y halagüeño, podrá tal vez servirle de estímulo para emprender otras obras de mayores proporciones que los breves ensayos juveniles reunidos en el presente folleto.

AL AMOR.

¡Amor! Cuanto la mente
Abarca con su vuelo,
Palpita á tu fecundo
Aliento celestial,
Y en la terrestre esfera
Y en la extension del cielo,
Doquiera se vislumbra
Tu espíritu inmortal.
Por tí las aves cantan
En la floresta umbrosa,
Murmuran las corrientes
Con lánguido rumor,
Y gime en ondas vagas
El áura sonorosa,
Y exhala sus perfumes
El cáliz de la flor.
Por tí el vehemente pecho
Con ansiedad suspira;
Por tí remonta el alma
Su vuelo sin igual;

Por tí vibran las cuerdas
De la sonante lira,
Y de armonías vierten
Espléndido raudal.
Amor es el susurro
Del céfiro callado;
Amor es el impulso
Que mueve á la razon;
Amor el grito ronco
Del pecho acongojado,
Y el mágico secreto
Que dá la inspiracion.
Tú lates en la noche
De estrellas coronada,
En el undoso seno
De la cerúlea mar,
En el fulgor que esparce
La luna nacarada,
En el rincon oculto
Del silencioso hogar.
Tú moras en el valle,
Del bosque en la espesura,
Y en el lejano monte
Y en la feliz ciudad;
Tú brindas por do quiera
La dicha y la ventura;
Tu encanto es el misterio,
La dulce soledad.
Tú ruedas en el carro
De la rosada aurora,

Tú brillas en los rayos
Del fulgurante sol,
Y bordas el espacio
Con luz fascinadora
Y prestas á las nubes
Su vívido arrebol.
  Tú vives en la gruta,
Y en las ramosas frondas,
Y en el desierto helado,
Y en el jardin feraz;
Tú alientas de los lagos
En las fugaces ondas,
Y de la tierra entera
Sobre la vasta faz!..
  Sin tí, fuera la vida
Un íris sin colores,
Un campo sin aromas,
Un viento sin rumor,
Y un lago sin espumas,
Y un árbol sin verdores,
Y un pájaro sin álas
Y un astro sin fulgor.
  ¡Amor, alma del mundo,
Emanacion divina!
Tambien sintió mi pecho
Tu bienhechor poder,
Y al percibir el alma
Tu esencia peregrina,
De súbito, afanoso,
Se trasformó mi sér.

Vagando sólo y triste,
Sin rumbo ni esperanza,
Por el camino incierto
Que el hado me trazó,
Jamás miré la dicha
Brillar en lontananza,
Ni por lograr sus dones
Mi pecho palpitó.
Autómata insensible,
Yo erraba indiferente
Ageno á los halagos
Del mundo engañador,
Como despojo inútil
Que arrastra la corriente,
Ó sombra cadavérica,
Sin vida y sin calor.
Tal vez enamorado
De un loco desvarío,
Sin encontrar mi mente
La imágen que forjó,
Mi corazon sensible
Quedóse yerto y frio,
Y mi existencia en fiero
Pesar se deslizó.
Mas ví la frente pura
De la mujer soñada,
Su célico semblante,
Sus lábios de carmin,
Y me infundió la vida
Su boca regalada,

Y dieron sus encantos
A mis angustias fin.
  Tú á sus megillas prestas
Su tinte sonrosado,
Y á sus hermosos ojos
Su fuego divinal;
Tú das á su contorno
Su hechizo delicado,
Y á su gallardo talle
Su gracia sin rival.
  Al ver su pié menudo
Bajo la breve falda,
Al escuchar el eco
De su armoniosa voz,
Y al admirar sus crenchas
Sobre la nívea espalda,
Mi corazon palpita
Frenético y veloz.
  Absorto y delirante,
Deslízase mi vida
Para adorar su imágen
Y bendecir su amor;
Es ella el pensamiento
Que en mi cerebro anida;
Es ella el sólo bálsamo
Que calma mi dolor;
  Pues tú, ¡oh Amor celeste
Que los espacios llenas!
Respiras en su seno
Y alientas en su sér;

El alma á su albedrío
Tiránico encadenas,
La gloria en sus pupilas
Me dejas entrever.
  Y al contemplar atónito
Tu abrasadora llama,
Que al hombre lanza loco
Del ideal en pos,
Mi arrebatada mente
Con ánsia te proclama
El ángel de los cielos
Y de la tierra el dios!

Julio de 1879.

LA ALBORADA.

Todo reposa y calla;—la cumbre, el llano,
La campiña, el arroyo,—la fuente, el rio;
La rústica vivienda—del hortelano,
La estancia perfumada—del caserío.

Duerme el valle y el bosque,—la noche llora;
Nada turba el silencio—de la montaña,
Y sólo se percibe,—lenta y sonora,
Del céfiro amoroso—la voz extraña...

Mas leves tintas bordan—el horizonte;
De la aurora despunta—la luz de rosa,
Y á su dulce destello—parece el monte
De musas y de génios—mansion dichosa.

Envuelven los espacios,—con áureo velo,
Del crepúsculo vago—tonos süaves;
La tierra se reanima,—despierta el cielo,
Y en sus nidos de pluma—trinan las aves.

Allá, sobre las olas—del mar en calma,
La góndola ligera—tranquila flota,
Acaricia el marino—sueños del alma,
Y sus alas extiende—la gavïota.

Erguidas en su tallo—muestran las flores
Las diademas de perlas—de sus corolas,
Y la cándida vírgen—de mis amores
Reclinada en el lecho—descansa á solas:

Tal vez entre los sueños—de su alma inquieta,
De imágen misteriosa—la faz divisa,
Y á los vivos impulsos—de ánsia secreta
Plega su bello rostro—dulce sonrisa;

Quizá los signos tristes—de penas hondas
En su hermoso semblante—quedan impresos,
Y en su cuello de cisne—velan las blondas
Un lunar revoltoso—que pide besos...

Los matices del íris—fingen mil soles;
Las áuras sonorosas—música grata;
Igneas ólas del alba—los arreboles;
Las bullentes espumas—cintas de plata...

¡Oh, alcázar encantado—luz del oriente,
Reflejos misteriosos—de la mañana,
Que no turban los rayos—del sol poniente
Ni los puros cambiantes—de ópalo y grana!

Extático y absorto,—de gozo lleno,
Yo admiro vuestra hermosa—dulce armonía,
Y de la aurora al vago—fulgor sereno
Se mitigan las ánsias—del alma mia.

En mudo arrobamiento,—fijos los ojos,
De placer embriagado,—loco os contemplo:
¡Para amar del crepúsculo—los tintes rojos
Mi enajenado espíritu—conserva un templo!

Dejad que yo bendiga—vuestra pureza
Con ciego sentimiento—de idolatría,
Como imágen augusta—de la belleza,
Cual símbolo divino—de la poesía.

Dejad que me embelese,—y anhele ardiente
Gozar por siempre el alma,—que ya os adora,
La gloria, á tus reflejos,—luz del oriente;
La paz, en tu regazo,—fúlgida aurora!

Marzo de 1879.

Á LA PÁTRIA. [1]

Lívido el rostro, desgarrado el seno,
Marchito el esplendor de tu hermosura,
En triste oprobio y soledad sumida
La senda atroz del infortunio cruzas.
  Perdido el lustre de tu insigne historia,
Roto el poder de tu grandeza augusta,
Ni al eco de los libres te levantas,
Ni el cetro de oro de tu gloria empuñas.
  Cual dura roca que resiste inmoble
El fiero embate de la mar sañuda,
Menguada yaces en quietud eterna
De la revuelta Europa entre las luchas.
  El mónstruo audaz del fanatismo odioso
En tu seno clavó su garra aguda;

(1) Durante la guerra civil.

Dobló tu altiva soberana frente
El peso de su bárbara coyunda,
  Y ante el génio caduco del pasado,
Que el muerto brillo de su faz oculta,
Postrada en servidumbre vergonzosa
La amarga héz de la ignominia apuras.
  ¿Quién calmará tus penas, Pátria mia?
¿Quién, conteniendo tu febril angustia,
Disipará las lóbregas tinieblas
Que en tu negro horizonte se acumulan?
  Gira en redor, extática de asombro,
De tus ojos la llama moribunda,
Y verás, de la ciencia á los fulgores,
De otros pueblos la próspera fortuna.
  Sus ídolos cayeron; de las sombras
Rompió la Libertad la niebla oscura;
Ante el sol del humano Pensamiento
Del error los altares se derrumban,
  Y al choque de sistemas prepotentes,
Que del Derecho la nocion inculcan,
De la Razon al grito generoso
La luz de la Verdad irrádia fúlgida.
  Ya sacudiendo la servil cadena,
El hombre libre al porvenir saluda,
Y en su conciencia, templo sacrosanto,
Homenaje á su Dios noble tributa.
  Ya el torpe yugo de poder cobarde
Rompe en pedazos, en contienda ruda,
Y la antorcha de nuevos ideales,
Faro feliz, la Humanidad vislumbra...

Tú sóla, estacionada y soñolienta,
Gimes llorosa y permaneces muda,
Y envuelta en los girones de tu manto,
Devoras en silencio tu amargura.
¿Dónde fueron tus ínclitos varones,
Los altos hechos que tu historia ilustran,
El esplendor divino de tu nombre,
Tu osado génio y tu sin par bravura?...
Lóbrega noche tu horizonte cubre,
Callan dolientes tus risueñas Musas,
Y sólo se divisa fugitivo
El fosfórico brillo de las tumbas...
¡Oh, España; yergue tu cabeza altiva,
Y en gérmen muera la semilla inmunda
Que carcome tu seno ponzoñosa
Y cava tu funesta sepultura!
El férreo escudo inexorable embraza,
La voz severa del deber escucha,
Y el traidor pusilánime ó protervo
Entre tu fiera execracion se hunda.
¡Ah! Levanta tu frente profanada,
Derroca al mónstruo que procaz te insulta,
El parche suene y el clarin guerrero
Y el tronante cañon vengue la injuria.
¡Á la lid, españoles! El combate
Preste á mi lira vibracion robusta,
Y yo tambien los ecos libradores
Daré á los aires, que tu gloria anuncian.
«Iberia alzando su estandarte invicto,
A los pueblos diré, sedienta busca

En digna muerte ó en bizarro triunfo
Su honra perdida y su grandeza pura.
¡Oh! ¡Que presagio de su dicha sea
El limpio láuro que su sien circunda,
Y hundido en sombras el pasado infausto
Un nuevo sol en su horizonte luzca!»

LA INUNDACION. [1]

I.

Allá en las hondas grutas resuenan las corrientes,
Que extienden por los valles su cadencioso son;
Escúchase á lo léjos la voz de los torrentes,
Y al susurrar las áuras y al murmurar las fuentes
Parece que de júbilo palpita la creacion.

Perfuman las campiñas balsámicas las flores,
Que guardan en sus cálices el néctar de la miel,
Y en danzas caprichosas zagalas y pastores
Olvidan sus afanes, conciertan sus amores
Y ciñen á sus sienes coronas de laurel.

Los bosques de naranjos, los dátiles dorados
Que ostentan las palmeras cubiertas de verdor,

(1) Del *Libro de la Caridad*.

BIBLIOTECA DE
N.°
JUAN A. MARTÍNEZ de CASTRO

Los árboles que muestran sus frutos delicados,
En la tranquila sombra de sotos y collados
Ofrecen, abundantes, regalo bienhechor.

Del caramillo dulce la resonancia vaga
Allá en las tardes óyese, con lánguida cancion
Que de la hermosa esquiva la vanidad halaga,
Y del amante loco, que en su mirar se embriaga,
Expresa la profunda frenética pasion.

Todo la dicha brinda; el panorama hermoso,
Las tintas sonrosadas de nácar y arrebol
Con que las nubes tíñense y el cielo esplendoroso;
En las espesas selvas el eco rumoroso,
Y en los espacios cóncavos el fulgurar del sol...

II.

De súbito, se cubre de lóbregos crespones
El éter, y avecínase la fiera tempestad;
Elévanse á los cielos fervientes oraciones,
Y de terror oprímense los fuertes corazones
Y gimen angustiados el campo y la ciudad.

El ígneo rayo vibra flamígero y sin freno;
La fértil tierra inunda la lluvia torrencial,
Y entre el fragor horrible del pavoroso trueno,
El aluvion rugiente, la tromba de agua y cieno
Coléricos derraman su destructor raudal.

El noto zumba airado, y al ímpetu gigante
De sus furiosas ráfagas, de su poder feroz,
Descuájanse los árboles, y rueda vacilante
El dulce hogar querido, del hombre nido amante,
Que arrastra entre sus hondas el huracan veloz.

En ráudo remolino y en vórtice iracundo
Desciende por los montes horrísono el alud;
¡Parece que de espanto medroso tiembla el mundo
Ante su mole inmensa, que, aborto del profundo,
Semeja la ancha losa de fúnebre ataud!

Y sigue rebramando de la tormenta ruda
La bárbara pujanza, del cielo en la extension;
Y á su violento empuje y á su presion sañuda
Se queda la campiña sangrienta, triste y muda,
Sembrada de cadáveres cual negro panteon.

III.

¡Oh, caridad magnánima, emanacion del cielo!
Tú, que del pobre huérfano mitigas el dolor,
Que del hambriento atajas el congojoso anhelo
Y alivias la miseria, la desnudez y el duelo
Con los preciosos dones de tu divino amor;

Contempla el cuadro tétrico que ante la negra fosa
Ofrecen esos hijos sin madres y sin pan,

La pena de la hermana y el lloro de la esposa,
Que trémulas saludan, como vision piadosa,
La imágen de la muerte que calmará su afan.

Ellas gozaron dulces las dichas placenteras
Con que feliz brindóles el nido de su hogar;
Mas extendió el torrente sus avenidas fieras,
Y fueron ya sus sueños fantásticas quimeras,
Cubriéndose sus pechos de luto y de pesar.

Los campos, que ofrecieron ayer sobre la tierra
Espléndidos y hermosos trasuntos del eden,
Hoy yermos y sin galas, con la borrasca en guerra,
El ánimo conturban, y pávido se aterra,
Ante su aspecto fúnebre, el corazon tambien...

Al indigente mísero y al triste desvalido
Socorre con tus dádivas ¡oh España! en su afliccion,
Y esplendoroso siempre, triunfando del olvido,
Oirás por donde quiera tu nombre bendecido,
Y latirá tranquilo tu noble corazon.

Octubre de 1879.

ELLA.

¡Qué hermosa!... Al brillo de sus dulces ojos
Se arroba el alma, de placer henchida,
Y al tierno acento de sus lábios rojos,
Se disipan mis tétricos enojos
É inunda el pecho misteriosa vida.
El ángel de la cándida pureza
Sus alas bate en su serena frente,
Y en su divina faz rádia fulgente
El génio celestial de la belleza.
En muda adoracion de su hermosura,
Admiro el sobrehumano
Hechizo de su lánguida figura,
La gentil esbeltez de su cintura
Y su gallardo talle soberano.
¡Qué hermosa!... Ante la luz de sus pupilas
Los astros palidecen;

Del amor con las ánsias intranquilas,
Los mil encantos de su rostro crecen;
Donosa luce en su nevada espalda
La crencha sin rival de sus cabellos;
Y vénse ricos sus contornos bellos
Y el pié menudo entre la breve falda.
¡Oh, imágen de mi amor! ¡Oh, cielo mio,
Mujer divina de mis sueños de oro!
¡Rendido ante tus plantas mi albedrío,
De mí te alejas, y mirarte ansío,
Te vuelvo á hallar, y con pasion te adoro!...
Cuando en las noches del helado invierno
El noto ruje y la tormenta estalla,
Y el cielo extiende su crespon eterno,
Y el mar no encuentra á sus furores valla,
Cerca de tí mi corazon palpita
Con ritmo presuroso,
Y contemplando tu semblante hermoso,
Fuego santo de amor mi pecho agita...
Tu sér me brinda bienhechora calma,
Tu voz exalta mi pasion ardiente;
Tú eres el ángel que forjó mi mente,
Tú eres la vírgen que soñó mi alma.
¡Oh, ven á mí! De gozo enajenado,
Loco de amor, henchido de alegría,
Deslizándose el tiempo, vida mia,
Sin penas ni dolores á tu lado,
Yo ceñiré tu frente nacarada
Con mis frescas coronas de poeta;
Yo te diré del alma enamorada

El dulce afan y la inquietud secreta.
Por tí las horas correrán suaves
Cual los mansos arroyos bullidores;
Por tí su cáliz abrirán las flores,
Y su regazo dejarán las aves
Lanzando trinos y cantando amores.
El áura arrullará nuestra ventura,
Y besará tus rizos,
Y al cruzar por el valle y la espesura,
Envidiarán los cielos tus hechizos!
Libres como los vientos agitados,
Y juntos cual los pájaros canoros,
Tú sentirás deleites ignorados,
Yo te daré de amor ricos tesoros...
¡Amor! murmurará blanda la fuente
Que en la honda gruta sosegada mana;
¡Amor! dirán el bramador torrente,
La blanca espuma de la mar durmiente,
Y la rosada luz de la mañana.
¡Y siempre amor! Tus ojos divinales,
Donde la luz de la pasion fulgura,
Me prometen encantos celestiales,
Que alumbrará de amor la llama pura...
¡Oh, eternas dichas, que en mis vagos sueños
Placentero diviso;
Vuestros goces risueños
Me ofrecen en la tierra un paraiso!...
¡Alma del alma, cielo de mi cielo!
Esclavo de tu sér, que á amar provoca,
Vivir para adorarte es lo que anhelo,

Con frenético afan, con ánsia loca.
Y si la Parca dura
Sólo entonces mis lívidos despojos
Deja en tus brazos de sin par dulzura,
Moriré bendiciendo tu hermosura,
Y abrasado en los soles de tus ojos!

Marzo de 1879.

LA REDENCION.

Estrofas.

I.

Es eterno el dolor; su garra aguda
Implacable y sañuda,
Nuestro apenado corazon oprime.
Domina altivo la agitada tierra,
Y en perdurable guerra
El hombre lucha y desfallece y gime.

II.

En largas horas de mortal quebranto,
Vuelve, deshecho en llanto,
La vista al cielo, y su congoja estalla.
Mas ¿quién responde á su afanar doliente?...
El cielo indiferente,
Sordo á sus quejas, enmudece y calla.

III.

¡No hay salvacion! Aunque su frente humilla,
Y de su fé sencilla
La ayuda anhela y el auxilio invoca,
En vano clama con amargo acento:
Su indócil pensamiento
Á rebelion abierta le provoca.

IV.

Vacila, y de la duda en que se agita
En su interior le grita
La poderosa voz, que á sí le llama...
Sucumbe al fin, y entonces atrevido,
Dá el pasado al olvido,
Y en arrebato amenazante exclama:

V.

«¡Basta ya! Por la bóveda serena,
De luz radiante llena,
Que al mundo cubre con cerúleo velo,
Mi espíritu vagó sólo y sin guia,
Buscando en su agonía
Lenitivo al dolor y al mal consuelo.

VI.

Yo ví, riñendo desigual combate
Que al alma triste abate,
Triunfante el vicio y la virtud vencida;
Apuré del pesar hasta las heces,
Y al cielo alcé mis preces
Para calmar las penas de mi vida.

VII.

¡Inútil todo!... Torpe simonía
Y corrupcion impía
Profanaban las místicas mansiones;
Y la ambicion, la culpa y el pecado,
Entre el altar sagrado
Desataban sus míseras pasiones...

VIII.

Giré entonces mis ojos, y doquiera
Encontré por la esfera
De la llaga social el cáncer hondo;
La envidia, la ignorancia y los rencores,
Bajo capa de flores
Sus batallas libraban en el fondo.

IX.

Al lado del amor y la hidalguía,
La negra hipocresía;
Junto al candor, la tentacion ardiente;
Y en lucha el bien con la discordia fiera,
Que por la tierra entera
Alzaba audaz su victoriosa frente...

X.

¡Sobre el cáos sin luz de la conciencia,
Como ángel de inocencia
Cernia la Moral sus alas puras!
¡Pero el mundo, sacrílego y culpable,
Con lodo miserable
Salpicaba sus blancas vestiduras!

XI.

En este universal relajamiento,
Con aterrado acento
—¡Señor, grité, la humanidad perece!
¡Conforta nuestro espíritu abatido,
Y el orbe envilecido
Su salvadora Redencion empiece!

XII.

¡Engañosa ilusion! Silencio mudo
Á mi clamor agudo
Respondió por doquier; de mi esperanza
Rápida se extinguió la llama pura,
Y soledad oscura
Vislumbré consternado en lontananza...

XIII.

Mas ¡ah! si el eco del lamento mio
Perdióse en el vacío,
Si huérfano me hallé de dioses lares,
¡No importa! ¡mis esfuerzos giganteos
Serán de mis deseos
Los verdaderos génios tutelares!

XIV.

Dije, y alzando mis nervudos brazos,
Rodaron en pedazos
Los ídolos soberbios de mi culto:
¡Césen—pensé—mis oblaciones vanas!
¡De dichas soberanas
El gérmen llevo en mi conciencia oculto!

XV.

De entonces, fija mi fecunda mente
En la próvida fuente
Del trabajo tenaz y fervoroso,
Hallé veneros de riqueza ignota,
De cuyos senos brota
De la ventura el manantial copioso.

XVI.

Á la luz bienhechora de la ciencia,
De la humana existencia
Investigué los móviles secretos,
Y adiviné del arte en la pureza
Raudales de belleza
Á mi incansable inspiracion sujetos...

XVII.

¡Y he vencido! Las fuerzas destructoras,
De la creacion señoras,
No resisten el rayo de mi enojo;
Y el supremo vigor de mis inventos
Domó los elementos,
Que cedieron sumisos á mi antojo.

XVIII.

Yo maravillas descubrí pasmosas;
Yo en empresas briosas
A los hados vencí con mi pujanza;
Fueron mis leyes del inícuo freno,
Y ya, de gozo lleno,
Por la senda del bien el mundo avanza...

XIX.

¡Oh, gloria á mi razon! ¡Loór divino
Al triunfo peregrino
De mi poder que la creacion trasforma!...
¡Y si aún la adversidad víctimas siega,
Mi valor no doblega,
Que ha de implantar la universal reforma!

XX.

En luchas incesantes empeñado,
De mi espíritu osado
Yo seguiré los vuelos prepotentes;
Y á impulsos de mis vivas ansiedades,
En futuras edades
Realizaré mis sueños esplendentes.

XXI.

Entonces lograré, libre de encono,
La dicha que ambiciono,
Con mis propios esfuerzos vencedores;
De la victoria ostentaré la palma,
Y logrará mi alma
La eterna Redencion de sus dolores!»

Octubre de 1880.

EL LAGO.

Á TÍ.

¿Lo ves? Ya agita mansos sus senos trasparentes,
Ya riza sus espumas en círculos lucientes,
Y gime en los nenúfares con plácido rumor;
Parece que nos llama su regalado acento,
Y que al mover sus ondas el apacible viento
Murmura dulces quejas de apasionado amor.

En sus azules águas la luna reverbera,
Bañando melancólicos sus rayos la ribera,
Que ofrece grata al ánimo tranquila soledad;
Perfuman el ambiente los fértiles jardines;
Rutilan las estrellas del cielo en los confines;
¡Naturaleza ostenta su augusta majestad!...

Olvida el vano vértigo de la ciudad lejana;
Desdeña el brillo falso que expléndido engalana
Sus fiestas ostentosas y sus placeres mil;
Unidos y enlazados trascurrirán los dias
Y disfrutando ansiosa de puras alegrías,
Serás entre las flores la reina del pensil.

Al despuntar la aurora por el vecino monte,
Tiñendo sonrosada de luz el horizonte
Y dando á las campiñas el beso matinal,
Recorreremos juntos los prados halagüeños,
Que brotarán al verte, lozanos y risueños,
Más rosas, donde estampes tu huella celestial.

Despues, mirando fúlgido tras la cercana loma
Del astro-rey el disco, que por oriente asoma,
Las nubes matizando de grana y de arrebol,
Podrás, radiante siempre de espléndida hermosura,
Alzar tus bellos ojos, do la pasion fulgura,
Y avergonzar con ellos al luminar del sol.

Cuando la tarde llegue con sus celajes de oro,
Y se oiga de las brisas el murmurar sonoro
En la arboleda umbría y en el feraz vergel,
Bajo el ramaje espeso de la floresta hojosa,
Estrecharé tus manos con ánsia deleitosa,
Y beberé en tus lábios el néctar de la miel.

Y al apagar el dia su luz en las alturas,
Hundiéndose en ocaso del sol las llamas puras,
Y al extender la noche su manto protector,
El lago cruzaremos en nuestra barca inquieta,
¡Y latirá tu pecho con emocion secreta,
Y sentiré yo inmenso deliquio embriagador!...

¡Ven ya! La nave aguarda y el lago se estremece;
Sobre su seno límpido la luna resplandece;
El alma que te espera consúmese de afan;
¿Lo ves? Todo, la onda que su cristal agita,
La luna que rïela y el alma que palpita,
Henchidas de impaciencia por recibirte están.

¡Oh! ven, ocuparémos la góndola ligera,
Surcando nuestra quilla, en calma placentera,
Del lago murmurante la móvil extension;
Y al avanzar gallarda la náo triunfadora,
Saltando mirarémos del agua bullidora
Mil peces que rompieran su nítida prision.

Como tributo amante rendido á tu hermosura,
Y en el silencio grato del lago y la espesura,
Mi abandonada lira sus cuerdas vibrará;
Despierto al evocarlo mi númen adormido,
Yo cantaré tus gracias absorto y conmovido,
Y tu celeste imágen mi voz inspirará.

Tras ella resonando con eco misterioso,
Encantará el espacio tu acento melodioso,
Que incita á la locura y mueve á la pasion;
Y al modular, sentidos, tus lánguidos cantares,
Semejarás la bella sirena de los mares,
Que con su hechizo mágico subyuga el corazon...

En estas soledades ¡oh luz del alma mia!
La dicha que ambicionas y que tu pecho ansía
Te brinda rebosando la copa del placer;
Y luégo el verde sáuce que crece en la ribera
Ofrecerános dulce su sombra lisonjera,
Al exhalar unidos el hálito postrer.....

El lago agita mansos sus senos trasparentes,
Ya riza sus espumas en círculos lucientes,
Y gime en los nenúfares con plácido rumor;
Su acento regalado parece que nos llama;
¡Oh! si tu sér es mio, si la pasion te inflama,
¡Vén, y tendrás tesoros de inextinguible amor!

Marzo de 1880.

NOSTALGIA.

En vano el plectro mio
Quiere pulsar la lira resonante:
El alma se acongoja
Y enmudece la voz de mis cantares.

De la Pátria alejado,
Las dichas que soñé miro distantes;
¡Y el corazon herido
Sólo por ellas venturoso late!...

Mi espíritu se apena
En estas infecundas soledades,
Que son para sus ánsias
Prision estrecha y tenebrosa cárcel...

En alas de los vientos
Yo anhelo presuroso remontarme,
Y ver, de gozo henchido,
El cuadro encantador de mis hogares.

Entonces contemplára,
Del sol á los destellos fulgurantes,
El panorama rico
De mis nativos y adorados valles.

Las fértiles campiñas
De pompa llenas y de fruto grácil,
Que en la alborada alegran
Los blandos trinos de canoras aves.

El bullidor arroyo
Que se desliza por el ancho cáuce,
Ó despeñado quiebra
Entre los duros riscos sus cristales.

Las fuentes sonorosas
Que de veneros escondidos nacen,
Y derraman doquiera
Las linfas de sus claros manantiales.

Las rústicas cabañas
Que en sombra dejan los espesos árboles,
Y el arrayan silvestre
Que entrelaza y agita sus ramajes.

Las quintas, que caldean
Los récios troncos que entre llamas arden,
Y el humo vaporoso
Que eleva sus gallardas espirales.

La risueña colina
Donde murmura el céfiro süave,
Y la montaña enhiesta
Que desprecia los fieros huracanes!...

Al declinar el dia
En los brazos cansados de la tarde,
Ó al extender su velo
La negra noche en los oscuros aires,

Yo viera el horizonte
Cubierto de purísimos celajes,
Ó extático admirára
De la luna los rayos vacilantes.

En móviles parejas,
Enlazados doncellas y zagales,
Prestáran con sus danzas
Grato alborozo al corazon amante.

Oyérase en los bosques
Dulce cancion de misterioso vate,
Y el eco repitiera
Su acento puro y sus sentidos ayes...

Y en mi ciudad querida,
Albergue hermoso de celestes ángeles,
Donde la luz sonríe
Y cantan himnos los sonoros mares,

Mi mente se arrobára,
Y mi pecho oprimido y palpitante
Rompiera el nudo férreo
Que su antiguo vigor rinde y abate.

Allí cobrára forma
De mis ensueños la divina imágen;
Mis ánsias de poeta
Allí lográran su ambicion constante!...

Mas hora entristecido,
Ni goces hallo que mi vida halaguen,
Ni vislumbro siquiera
Lejana dicha, en porvenir brillante...

Aunque el mundo agitado
En torno de mi sér sus ondas lance,
Cual los rápidos giros
De arrolladora y sin igual vorágine,

El alma indiferente,
En aislamiento mudo y perdurable,
Consúmese de tédio
Sin entusiasmo vivo que la inflame...

¡Oh Pátria, de mi espíritu
Hechicera ilusion! ¡mil veces salve!...
¡Aparta de mis lábios
Éste de mi dolor amargo cáliz!

Miren ya tus recintos
Mis ojos fatigados y anhelantes;
Descubran tu horizonte,
Y de placer mi corazon estalle...

¡Tú eres la maga hermosa
Que con su encanto celestial me atráe,
Y en tu seno me esperan
Los dulces brazos de mi tierna madre!

Á LA JUVENTUD.

Alzad las nobles frentes, titanes de la idea;
Volemos al combate, corramos á vencer;
El sol de nuestra gloria brillante centellea
Y se hunden en el polvo los ídolos de ayer.

—

Lancemos á los aires en cántico potente
El grito soberano de santa rebelion,
Y aclame nuestro lábio con ímpetu valiente
Por lábaro el progreso, por musa la razon.

—

No la sangrienta lucha que siembra muerte y llanto,
De las fragosas armas al bárbaro rugir;
La pluma es nuestro cetro, nuestra palabra el canto,
Y nuestro grito ardiente la voz del porvenir.

—

Cantemos las conquistas del siglo y de la ciencia;
La pátria, el pensamiento, el bien, la libertad;
El yugo destrocemos que oprime la conciencia,
Y brille refulgente la luz de la verdad.

—

Pasaron las centurias de oprobio y tiranía,
Los hombres disiparon las sombras del error,
Y el génio que en sus senos recónditos yacía,
Lució con esplendente purísimo fulgor.

—

El torpe fanatismo que el alma envileciera,
Huyó cual los fantasmas horrísonos del mal,
Y el mónstruo del pasado, que sueña una quimera,
Cayó, fiero y maldito, de su alto pedestal.

—

La mente humana, libre, señora de los mundos,
Las leyes de la vida constante descubrió,
Surcó, de gozo llena, los piélagos profundos,
Y en alas de la ciencia los cielos escaló.

—

Sus místicas plegarias en su desden olvida;
Ni el rayo le anonada ni teme su poder;
Y lucha, y retrocede, y avanza enardecida,
Y vence al fin, logrando sus ídolos romper...

—

Oh! al ver las negras páginas del libro de la historia,
El alma se estremece, se oprime el corazon,
Y sólo contemplando del hombre la victoria,
Sonora el arpa vibra con alta inspiracion...

—

Allí, de los esclavos llevando la cadena,
Mirámosle arrastrarse, desfallecer, morir;
Allí regar con sangre del circo vil la arena,
Y en lucha valerosa pujante combatir.

—

Allí de su calvario crüento los dolores
Condenan del tirano funesto la maldad;
Allí de su ignominia los lúgubres horrores
Maldicen, silenciosos, tan bárbara crueldad...

—

Hoy, libre de las trabas de añejas sumisiones,
Al fin alzó su frente radiosa y varonil;
Y al grito poderoso de cien revoluciones,
Dobló el esfuerzo ardiente de sus hazañas mil.

—

¡Camina!» dice el eco que escucha estremecido;
«¡Avanza!» su conciencia, «¡combate!» su razon,
Y ardiendo en vivo fuego, levántase atrevido
Y rompe de las sombras el lóbrego crespon.

—

Mas ¡ah! tambien la lucha sus fuerzas debilita,
Tambien en la refriega desmaya su valor...
¡Oh, juventud valiente, generacion bendita,
Conserva tú la llama de su divino ardor!

—

Implanta en las naciones el árbol del derecho,
Que á todos con sus ramas nos venga á cobijar;
De la justicia brille la luz, y el noble pecho
Por sus serenos triunfos comience á palpitar.

—

¡Ah! entónces, agitando tu enseña soberana,
Se agruparán los pueblos por siempre en su redor,
Y unida eternamente la gran familia humana,
Serán tambien eternas las leyes del amor!

Agosto de 1878.

¿QUIÉN ERES?

¿Quién eres, blanca—paloma mia,
Celeste imágen—de mi ilusion?
¿Quién eres, faro—de mi alegría?
¿Quién eres, llama—de mi pasion?...

¿Eres arcángel—del alto cielo,
Eres sirena—del hondo mar,
Sílfide alada—de ráudo vuelo,
Ó tierna musa—de mi cantar?

¿Eres un sueño—de mi locura,
Eres querube—fascinador?
¿Eres la estrella—de la ventura,
Eres ondina,—pájaro ó flor?

¿Tal vez aroma—de grata esencia,
De luz divina—foco inmortal?
¿Tal vez fantasma—de mi existencia,
Del alma acaso—bello ideal?

¿Quizá suspiro—que el pecho lanza,
Algo impalpable—vago y sin sér?...
¿Quién eres, íris—de mi esperanza?
¿Cuerpo ó espíritu,—diosa ó mujer?...

Cuando en la noche—mi mente sueña
Quimeras vanas—y ánsias sin fin,
Vislumbro absorto—tu faz risueña
Y tus contornos—de serafin.

Mi pecho late—junto á tu pecho,
Y nuestras almas—llenas de ardor,
Únense y ligan—con lazo estrecho,
Quédanse en éxtasis—embriagador;

Y en estos puros—de amor accesos,
En estos raptos—del alma fiel,
Óyese ténue—rumor de besos,
Que siendo tuyos—saben á miel...

Si la campiña—mi planta huella,
Y gime el céfiro—ráudo y veloz,
Pienso que escucho—de tu querella
La palpitante—trémula voz.

Y si argentada—la luna brilla,
Es tan vehemente—mi frenesí,
Que con sus lampos—me maravilla,
Pues forjo en ellos—mirarte á tí...

Cual soles fúlgidos—radian tus ojos,
Do el alma un mundo—de hechizos vé;
Y me enloquecen—tus lábios rojos,
Y me arrebata—tu breve pié.

De tus megillas—la tez rosada,
De tu figura—la majestad,
Los resplandores—de tu mirada
Y los encantos—de tu beldad,

Prendan y exaltan—mi fantasía,
Turban y alteran—mi corazon,
Y te proclama—la lira mia
Suma y dechado—de perfeccion.

Eres más bella—que las huríes,
Eres tan dulce—como un panal,
Y de tus lábios—cuando sonríes
Mana la grácia,—brota la sal.

La linda trenza—de tus cabellos
Sobre tus hombros—luce gentil,
Y amantes besan—sus rizos bellos
Tu tersa espalda—de albo marfil.

La luz serena—de tus virtudes
Alumbra el cáos—de mi razon,
Donde combaten—mis inquietudes
Con los anhelos—de mi pasion.

Yo te idolatro—con fuego ardiente,
Con vivo arrobo,—con hondo afan,
Y á tí atraido—mi sér se siente
De tus pupilas—por el iman.

Guardo en mi seno—tu efigie pura,
Que en él grabára—ígneo buril,
Y enamorado—de su dulzura,
Tributos ríndole—y ofrendas mil.

Allí recibes—ferviente culto
Y soberana—reinando estás;
Que allí ¡oh hermosa!—conservo oculto
El trono eterno—do siempre vás!...

Ante tus plantas—hora postrado,
Júrote ansioso—mi ciega fé;
¡De amor henchido,—y enajenado,
Mi vida entera—te adoraré!

¡Ah! no eres sólo—sombra querida,
Ni del espíritu—mera abstraccion;
No eres luz móvil—aparecida
Como fantástica—fugaz vision.

¡No! Cuando el vértigo—del desvarío
Mi mente invade—loco y tenaz;
Cuando en el fondo—del pecho mio
Impresa llevo—tu amada faz,

No eres de un sueño—falsa quimera,
Ni un ser errático—y engañador,
Que tras los giros—de su carrera
Deja el vacío—desolador...

¿Quién eres, ídolo—de mi ternura,
Rico tesoro,—casta deidad?...
¡Eres... la reina—de la hermosura!
¡Eres... celeste—divinidad!

Eres la imágen—que me extasía;
De tí mi espíritu—vá siempre en pos;
Que eres el alma—del alma mia,
Y eres mi oráculo—y eres mi dios!

Abril de 1880.

ÍNDICE

	Páginas.
Advertencia preliminar	7
Al Amor	13
La Alborada	19
A la Pátria	23
La Inundacion	27
Ella	31
La Redencion	35
El Lago	41
Nostalgia	45
A la Juventud	51
¿Quién eres?	55

BIBLIOTECA DE
N.°
JUAN A. MARTÍNEZ de CASTRO

PRECIO DE ESTE FOLLETO.

Una peseta en toda España.

DEL MISMO AUTOR

POESÍAS PREMIADAS en público Certámen: Jurados, señores D. Juan Valera, D. Francisco de P. Canalejas y D. Manuel de la Revilla. —Un folleto de 60 pág., 4 rs. (Madrid, 1879: English y Gras, ed.)